

Estimados amigos:

El azar, del cual se dice que es divino, me ha puesto en contacto con ustedes en París, a principios de este año. Poco sé de ustedes, salvo que forman parte de lo que considero como la élite de la Universidad francesa. Tiempo atrás, cuando era estudiante en Chile -país donde nací- mi sueño, como el de tantos otros estudiantes en todo el mundo, era vivir y estudiar en París, seguir los cursos de la legendaria Sorbona o de las *Grandes Écoles* francesas. Por ello, soy consciente de mi responsabilidad -en cuanto escritor latinoamericano- frente al desafío que apareció, casi como un juego, durante una de las sesiones de trabajo de *Sens Public*: redactar algo así como un "*Manifiesto por una nueva literatura*".

¿Es en verdad necesario? ¿La literatura no ha sido desde siempre una actividad del espíritu esencialmente libre, reacia a todo marco que limite su espontaneidad, su libertad? Ciertamente, existen los géneros, las escuelas e incluso las modas que imponen maneras de escribir. Precisamente es a partir de esta pregunta decisiva -la libertad de la literatura- que un proyecto de manifiesto por una nueva literatura puede esbozarse. No porque la literatura haya envejecido -los grandes clásicos son y serán siempre de una perfecta actualidad- sino porque la literatura contemporánea pierde más y más su libertad. Esto se debe, en gran medida, a la nefasta confusión que se instala por todas partes entre la práctica literaria y las prácticas comerciales, pues la búsqueda del lucro es hoy más desquiciada que nunca, al punto de amenazar a la literatura auténtica con marginarla.

En París hemos asistido este último tiempo a algunos acontecimientos que ilustran de una manera a la vez cómica y trágica este orden de cosas. Un negociante desembarcó, con los bolsillos llenos de billetes, en la confraternidad, sin embargo muy cerrada, de la edición francesa. Su credo es simple y vale, en sí, un manifiesto *contra* la literatura: según este Señor es necesario que todo libro produzca

dinero, condición *sine qua non* para merecer su publicación. Dicho de otro modo, Proust, Joyce, Kafka, Musil, Beckett, Walser, Sarraute, Claude Simon, Artaud, Fernando Pessoa, etc., etc., no habrían sido jamás conocidos si este editor hubiera estado al mando de la industria editorial en la época en que ellos comenzaban a escribir. Para él, codicioso millonario que en búsqueda de más millones no tuvo escrúpulo alguno en sentarse sobre una de las más prestigiosas editoriales parisinas, la literatura y sus zapatos pertenecen a la misma especie: ambas son simples mercaderías destinadas a ser vendidas al mejor precio posible y esto para el mayor provecho no de la cultura universal como él lo pretende, sino de su beneficio personal. *¡Tonterías! ¡Tonterías! ¡Qué bonitas sandeces nos repite usted!*, podría gritar como un personaje fáustico de Thomas Mann. Por desgracia ese Señor, como muchos editores de nuestra época, no posee ninguna verdadera cultura literaria. Ante todo, él es “un hombre de negocios” que vende su producción de libros sin importarle gran cosa lo que ellos contienen, salvo para eliminar sistemáticamente toda obra que pueda poner en peligro su dinero.

Dado que el Salon du Livre 2005 está consagrado a Rusia, recordemos la epopeya de un

escritor ruso francófono que parecía salir directamente de un cuento de Chejov. Novelista ingenuo, encontró increíbles dificultades para hacerse tomar en serio en Francia. Los editores, que aceptan a los escritores francófonos cuando éstos vienen de las antiguas colonias francesas, es decir, cuando se trata de escritores ya inventariados, neutralizados e inofensivos, le devolvían sistemáticamente sus manuscritos, acompañados a veces de magníficas cartas de aliento que, en realidad, no correspondían a nada pues los manuscritos, astutamente marcados por el autor con un hilo de cola transparente, no habían sido abiertos. Y cuando por fin un editor se interesó en publicarlo, le exigió reescribir enteramente su texto en ruso, para hacerlo traducir enseguida por un traductor oficial "de la casa". El pobre novelista hubiera digerido mejor estas humillaciones (que recuerdan el "derecho de pernada" de los antiguos Señores"), si se hubiera acordado de Stendhal, de *Rojo y Negro* y del Marqués de la Mole: *"El Marqués no quiere a los escritores, se lo advierto. Sepa usted el latín, el griego si puede, la historia de los egipcios, de los persas, etc., lo honrará y lo protegerá como a un sabio. Pero no se le ocurra escribir una sola página, sobre todo si se trata de materias graves, por encima de*

su condición social. Lo trataría de escritorzuelo y le tomaría ojeriza." En efecto, los Marqueses de la edición francesa no quieren a los escritores... salvo si estos se conducen como fieles vasallos de sus empresas editoriales.

Hace poco falleció en París una "papesa de la edición", buscadora de nuevos "grandes-escritores" y de nuevos "filósofos", a los cuales debía aportar, en nombre de la industria editorial, cuidados maternos e iluminación intelectual. Parió así varios best-sellers ruidosamente aplaudidos por el mercado. Pero esta madre múltipara era también una madre homicida que cometió a escondidas graves crímenes. Como un ave rapaz se precipitó sobre el manuscrito de un escritor súbitamente fallecido (era mi amigo y yo decía de él que era Baudelaire extraviado en los pantanos de la novela del siglo XX), manuscrito sometido a contrato por el editor que alimentaba a la madre criminal y al hijo muerto. La "papesa" cortó de un tajo la segunda parte de la obra, donde el escritor denunciaba las prácticas editoriales parisinas y reivindicaba su propio judaísmo, tardíamente descubierto. Resultado : el libro así mutilado se transformó en

una obra coja e incomprensible, pero inofensiva para los intereses del "milieu germanopratin"*.

Más allá de los olores de corrupción y de "affairisme" de la edición francesa, de la edición en general, podemos observar que ésta responde menos y menos a las necesidades de la literatura contemporánea. Los miles de escritores que cada año ven sus manuscritos rechazados sin ninguna explicación válida, obras entre las cuales se encuentran tal vez obras maestras que nunca verán la luz, son los actores y testigos de esta situación. Por un lado tenemos los innumerables manuscritos rechazados, por el otro, montañas de libros invendidos, sin contar los libros agotados o imposibles de encontrar. ¡Qué fracaso! ¡Qué despilfarro y ruina! Por ello, queridos amigos, podemos conjeturar que no habrá una "nueva literatura" mientras no haya una "nueva edición".

¿Y la crítica?, se preguntarán ustedes. ¿Los críticos no están acaso para observar, analizar y denunciar esos hechos? ¿No deben alentar y proteger a la literatura? Desgraciadamente, si los escritores se convierten más que nunca en simple empleados de

* Así se designa a los editores diseminados en el barrio de St. Germain des Prés.

las empresas editoriales, los críticos también. Dicho de paso, hoy día cualquier periodista se otorga la etiqueta de crítico literario, aprovechándose de que los críticos auténticos son una especie en vías de desaparición. En todo caso, ¿cómo encontrar el tiempo de hacer un trabajo serio si los editores aplastan a los críticos con montones de libros que deben examinar a toda velocidad? Si no trabajan con rapidez, los editores pueden suspender la publicidad pagada en los suplementos literarios de los diarios y revistas y, castigo aun más hipócrita, dejarán de acoger las obras de esos críticos, a menudo novelistas que, no habiendo conseguido hacerse editar por otros medios, se metamorfosean en críticos literarios por conveniencia. Nada extraño, entonces, que los suplementos literarios se transformen a su vez en simples vitrinas al servicio, no de la literatura o de los escritores, sino de los industriales de la edición.

El caso de un suplemento publicado cada semana en un diario de la tarde reputado y leído en todo el mundo, es particularmente penoso. Ese suplemento, que hasta hace poco tiempo estaba aún enteramente consagrado al mundo de las letras, con una mirada particular sobre la literatura francesa (su "feuilleton" era a veces notable) ha llegado a ser

algo que se parece vagamente a una hoja cultural dedicada al cine, la fotografía (la mayor parte de sus análisis se limitan ahora a rápidos "zoom") e incluso a la alta costura, disminuyendo considerablemente el número de páginas consagradas a la literatura...con la excepción de la literatura anglosajona. Esta, gracias a la generosa presión en dólares de las editoriales estadounidenses, recibe un tratamiento privilegiado. ¿Por qué no si las obras seleccionadas son de buen nivel estético? Rara vez es el caso. En efecto, la dirección muy femenina y elegante de ese suplemento tiene una predilección morbosa por lo que ella denomina "las verdaderas novelas", especie de nuevo género literario. Es decir, tras los subgéneros novelescos tradicionales -los polars, las novelas eróticas o de ciencia-ficción, las novelillas de aventuras, las ecológicas, los thrillers existenciales e incluso metafísicos, las novelas porno, las históricas (poco apreciadas por la dirección pues son "demasiado sabias"), tenemos ahora las "verdaderas novelas". Este nuevo género literario, muy difícil de definir, es el producto por excelencia de la máquina editorial tal como funciona en nuestros días. Podría decirse que las "verdaderas novelas" (y los "verdaderos novelistas" que las escriben) son los símbolos de esa verdadera fábrica

de gas -obsoleta, ineficaz, derrochadora- que ha llegado a ser la industria de la edición.

¿Qué es una "verdadera novela"?, se preguntarán ustedes. He aquí una muestra: si no se tienen los medios para pagar un "sex-voyage" a países donde chicas y chicos miserables esperan por miles para vender sus cuerpos, una "verdadera novela" puede aportar algunos indicios sobre esta interesante moda social (sin que el novelista pretenda dar lección alguna, por supuesto), sinopsis tanto más divertida cuanto va acompañada por la descripción de las preocupaciones financieras y sentimentales de los cuadros-dinámicos que frecuentan esos paraísos turísticos. Si se agrega al final de la novela una ráfaga de odio contra una raza bien apuntada (y detrás de ella, contra una comunidad religiosa no-cristiana), nos encontramos delante de una "verdadera novela" la cual, apoyada por la publicidad y por las críticas del suplemento literario en cuestión, será ofrecida en el mercado como una "obra maestra del siglo". La maquinaria editorial tiene necesidad de este nuevo género literario para asegurarse "provechos-en-alza-sobre-el-año-precedente", incluso si eso implica focalizar sus esfuerzos sobre los productos más rentables y eliminar todos los otros. Tanto peor para los nuevos

Proust, Joyce, Becket, Kafka, Sarraute, Yourcenar, Duras, etc., etc., que podrían emerger en este comienzo del tercer milenio.

Frente a una tal quiebra cultural (y comercial, puesto que las quiebras de las pequeñas casas de edición son innumerables), frente a una tal deriva del "establishment edito-literario", ¿qué podemos hacer o, al menos, proponer? Sé que entre ustedes hay algunos que quieren ser escritores o que ya lo son, aunque vuestros escritos sean aún confidenciales, guardados en los cajones de vuestros escritorios. Fernando Pessoa, reconocido hoy día como uno de los más luminosos poetas del siglo XX, murió en su Lisboa natal dejando la cuasi totalidad de su obra encerrada en un baúl. No es su triste y a la vez irónica resignación (que él no recomendaba necesariamente), sino su dignidad, su profunda modestia y su coraje lo que yo retengo como ejemplo. Ser un escritor auténtico representa, indiscutiblemente, un inmenso privilegio existencial que implica a la vez una alta conciencia, una alta responsabilidad e, insisto, un gran coraje. Es apoyándose sobre esos valores que una nueva literatura podría desarrollarse, dado que en nuestra época -contrariamente a aquélla de Pessoa-

contamos con una tecnología revolucionaria para salir adelante.

La literatura siempre ha sido tributaria de los progresos técnicos. Así, la aparición de la novela moderna está directamente ligada a la invención de la imprenta. Hasta Gutenberg, la literatura narrativa estaba escrita en versos, estructuras cortas y relativamente fáciles de caligrafiar. Era la época de la epopeya, del *Roman de la Rose* (250 ejemplares vendidos en dos siglos) y de la *Divina Comedia* (400 ejemplares en sólo un siglo y medio, mejor best-seller del Medioevo) justo antes del invento de la imprenta que iba a permitir la publicación de grandes masas textuales en prosa (entre ellas, el macizo *Don Quijote de la Mancha*). Desde este punto de vista podemos observar que la apoteosis de la novela en el siglo XIX coincidió con el auge de la prensa y de sus máquinas. Sin ese fenómeno técnico, Balzac y su *Comedia Humana* tal vez nunca hubieran existido. Luego, en el siglo XX, llegaría la revolución electrónica: primero, la fotocomposición (origen de los best-seller de supermercados, impresos por millones de ejemplares en un tiempo récord) y enseguida el advenimiento del computador individual y de Internet. Las nuevas tecnologías facilitan la vida de los editores convencionales, pero

también son el punto de partida de nuevas prácticas de escritura, de impresión y de difusión, al alcance de cualquier persona capaz de manejar un computador. Esto es lo que hace temblar a los “grandes editores”, pues ahora cualquier escritor puede rodear, dar la vuelta y evitar esa fortaleza anacrónica que ha llegado a ser la edición tradicional. Sólo queda a los escritores internautas agruparse y organizarse entre ellos...mientras sea todavía tiempo porque, evidentemente, la reacción de los editores ya está en marcha, como lo demuestran las cláusulas audio-visuales impuestas a los autores para controlarlos y dominarlos mejor.

La historia va a retener esta revancha inesperada de la escritura frente a un audio-visual todopoderoso que estaba reduciendo la literatura al papel de un simple depósito de escenarios cinematográficos y de tele-films (pueden reconocerse a las “novelas-verdaderas” por su posibilidad de transformarse rápidamente en películas). Hace poco un programa literario televisivo confirmaba simbólicamente este orden de cosas lamentable que nada tiene que ver, por supuesto, con el valor estético del cine ni con el indispensable intercambio entre las diversas manifestaciones culturales. Varios novelistas y críticos estaban invitados a la emisión,

entre ellos un “gran-escritor-editor” (quien después de haber sido en su juventud un escritor de vanguardia, termina su vida redactando diccionarios turísticos y otros libros sin envergadura, pero muy rentables) y la directora del suplemento literario del diario de la tarde, ya citado. Por desgracia para este programa en principio literario, había sido invitada también una actriz de cine que debía hablar de sus cuadernos de memorias y de su última película. Sexagenaria majestuosa, con un solo parpadeo de sus ojos desplazó el centro de gravedad del programa, el cual pasó de la literatura a la cinematografía, mientras que el “gran-escritor-editor” debía contentarse con el papel de clown enamorado de la vedette. Por su parte, la directora-crítica, pese a su temible belleza sáfica, asumía penosamente el rol de madrastra de una Blanca Nieves que, aleteando sus pestañas, barrió fuera de la pantalla a todos los enanos que la rodeaban, incluso a un político gordo y bonachón quien visiblemente no conseguía comprender (ni los telespectadores tampoco) qué hacía dentro de esa galera cultural. Estimados amigos, como muchos de ustedes también a mí me gusta el buen cine y sé apreciar un buen programa televisivo. Pero me parece inaceptable que la literatura se vea limitada

a ser una simple comparsa del cine y de la televisión.

Internet y las nuevas tecnologías crean espacios de libertad y colocan otra vez la escritura en el centro de la vida de todos los días. Las condiciones materiales necesarias para el surgimiento de una nueva literatura han aparecido. Por cierto la sola tecnología no basta para cambiar el curso de los acontecimientos. Evidentemente es necesario un nuevo tipo de escritor, capaz de dominar todas esas nuevas técnicas. ¿Para escribir qué? ¿Novelas "verdaderas"? ¿Sonetos? ¿Epopéyas? El computador puede también ser utilizado como una simple máquina de escribir. Pero Internet, el correo electrónico es, por esencia, un medio de comunicación abierto hacia el infinito, como sin duda lo fue la literatura en sus orígenes, como continúa siéndolo hoy día pese a que por períodos retorna la moda reaccionaria del arte por el arte, del lenguaje por el lenguaje. Para mí la literatura es el medio por excelencia de la comunicación entre los hombres, una de las vías supremas del desarrollo del intelecto y de la conciencia. Pues bien, hace tiempo que la novela no marcha en ese sentido. Proust, Joyce, Borges (quien siempre se negó a escribir novelas) lo comprendieron muy temprano, así como Breton y los surrealistas, Butor y algunos escritores

del Nouveau Roman e, incluso, algunos snobs del Roman Tel Quel. Felizmente, de la misma manera que en el pasado la invención de la imprenta facilitó el pasaje de la epopeya en verso a la novela moderna en prosa, la invención del computador y de Internet facilita hoy día el pasaje a nuevas formas literarias que se caracterizan esencialmente por su naturaleza *intertextual*.

Los novelistas y la mayoría de los críticos literarios confunden, frívolamente, novela y narrativa, novela y ficción, novela y literatura y temen que la desaparición de la novela implique la desaparición de la literatura. Sin embargo, si podemos suponer que efectivamente la literatura narrativa nació hace milenios ("contar", "narrar", son actividades naturales del ser humano), tenemos que reconocer que la novela no es más que un simple género literario, como lo fue antaño la epopeya o como lo será mañana lo que me permitiré llamar el "intertexto", estructura narrativa basada en una red de textos puestos en relación *explícita* entre ellos. *Ulysses*, libro en el cual James Joyce pone en relación el relato de un día de la vida de un judío irlandés con *La Odisea*, es un gran precursor. Ciertamente, en su *Divina Comedia* Dante sigue a Virgilio y a *La Eneida*... como Virgilio sigue en *La Eneida* a

Homero y a *La Ilíada*, etc. La gran literatura siempre ha sido intertextual. Ahora bien, el *intertexto*, que procede de la novela como la novela procede de la epopeya, abre la posibilidad de volver a las fuentes de la literatura y de salir de la mediocridad de la producción novelesca actual. La literatura contemporánea cesará de ser "palabra emputecida", volverá a ser -esperémoslo, luchemos por ello- uno de los faros de la inteligencia humana.

Ningún editor de novelas querrá aceptar esta nueva situación, simplemente porque la novela, pese a su decadencia, continúa siendo el sostén pecuniario por excelencia de la edición literaria. Hoy día los editores llegan al extremo de ofrecer la posibilidad de encargar una novela exclusiva para festejar el cumpleaños de una amiguita, novela donde la protagonista llevará el nombre de ésta y vivirá las peripecias tragicómicas que se habrán imaginado para ella. Todo esto por un precio muy conveniente y un tiraje de 200 ejemplares a distribuir entre sus amigas. He aquí la consternante realidad de la novela contemporánea, género que ha llegado a ser tan estereotipado, tan repetitivo, tan mecánico que excluye toda verdadera libertad de creación. Desde luego, los editores y los críticos convencionales negarán esta visión de las cosas y citarán tal vez en

ejemplo las novelas coronadas por los Grandes Premios de estos últimos años. Sin embargo nadie ignora la increíble simpleza y trivialidad de la mayoría de esas obras ensalzadas como arquetipos del "buen gusto" y de la "libertad de expresión". La realidad es bien diferente: la novela, en cuando género literario dominante en nuestra sociedad, se ha transformado en un terrible corsé del cual es necesario librarse para abrir la vía a una nueva narrativa.

Los marqueses de la edición no apreciarán en ninguna medida el *intertexto* dado que éste, por su estructura abierta a otros textos, pone además en cuestión el principio de originalidad de la escritura y, en consecuencia, los derechos de autor (es decir, los derechos de los editores.) Por su parte, el autor intertextual, en la medida que sabrá utilizar las facilidades ofrecidas por la Red para tejer su propio entramado intertextual, tendrá la tendencia espontánea a comunicar *libremente* su trabajo por correo electrónico. Si quiere, podría incluso prescindir totalmente de la edición en papel. La desgracia que acaeció a Fernando Pessoa (así como a muchos otros escritores de talento) de morir prácticamente desconocido, no debería ocurrir nunca más a un escritor.

Cierto, durante mucho tiempo aún la edición tradicional y la novela sobrevivirán, pero poco a poco la edición en papel no será más que un lujo inesencial. Y los editores convencionales estarán obligados a comprobar que, así como la novela -monolingüe, monotemática, monotextual- ya no responde a las necesidades de nuestra época en la cual la mezcla de razas, de lenguas, de culturas es un hecho ineluctable, el *intertexto* -plurilingüe, pluritemático, pluritextual- satisfecerá mejor a las exigencias de una sociedad más y más mezclada y ávida de comunicación.

El desarrollo del *intertexto* y de la edición electrónica podrá observarse también en las librerías. Los librereros son víctimas pasivas de la producción caótica de los editores, pero el día de mañana podrán participar activamente en el mecanismo de edición. Podemos imaginar librerías equipadas con terminales electrónicos dotados de un fondo de autores cuyas obras serán ofrecidas al comprador eventual, sea sobre una tableta electrónica, sea en papel, impresas inmediatamente en la propia librería. ¡Terminados los montones de libros invendidos, terminados los títulos agotados y, sobre todo, terminados los innúmeros escritores marginados por la edición convencional! "¡Bonita

utopía! ", dirán ustedes. Pues bien, yo creo que esta utopía se está transformando en realidad, aunque por ahora está más cerca del artesanado que de la producción literaria generalizada, accesible a todos.

Tal vez ustedes quisieran más aclaraciones sobre lo que llamo el "intertexto". Mejor que definiciones teóricas abstrusas, quisiera aportarles algunas muestras concretas y poner el acento en el hecho que -contrariamente a las novelas- todas iguales (como lo ilustró Van Gogh en su cuadro intitulado « novelas parisinas »), el intertexto -a causa de la propia naturaleza del método intertextual, aplicable a *todos* los géneros literarios- puede adoptar múltiples formas. Sin embargo una carta como ésta no es el lugar apropiado para tal demostración. Dejo entonces a Sens Public y a su director, Gérard Wormser, la oportunidad de hacerles llegar via Internet algunos intertextos que podrán leer tranquilamente. En cuanto al *Manifiesto*, me limitaré a esperar que la obra de quienes entre ustedes son o llegarán a ser escritores, sea en sí misma un manifiesto por una nueva literatura.

Estimados amigos, pongo término a esta larga carta consciente de haber tenido el honor de dirigirme a los estudiantes de la universidad

francesa, tal vez el último recinto donde la cultura y el conocimiento auténtico pueden refugiarse frente a la comercialización abusiva que devasta nuestra sociedad.

Roberto Gac
París, marzo 2005.